

JUDÍOS EN EL ONCE

La comunidad judía se instaló en el popular barrio de Once, marcando sus calles con su cultura ancestral, haciendo un aporte esencial al crisol porteño.

Tamara Tenenbaum

Nació en 1989 en Buenos Aires, es licenciada en Filosofía y periodista. Es subeditora en *La Agenda* y trabaja como colaboradora permanente en *La Nación*. La editorial Pánico al Pánico acaba de sacar su primer libro de poemas, *Reconocimiento de terreno*.

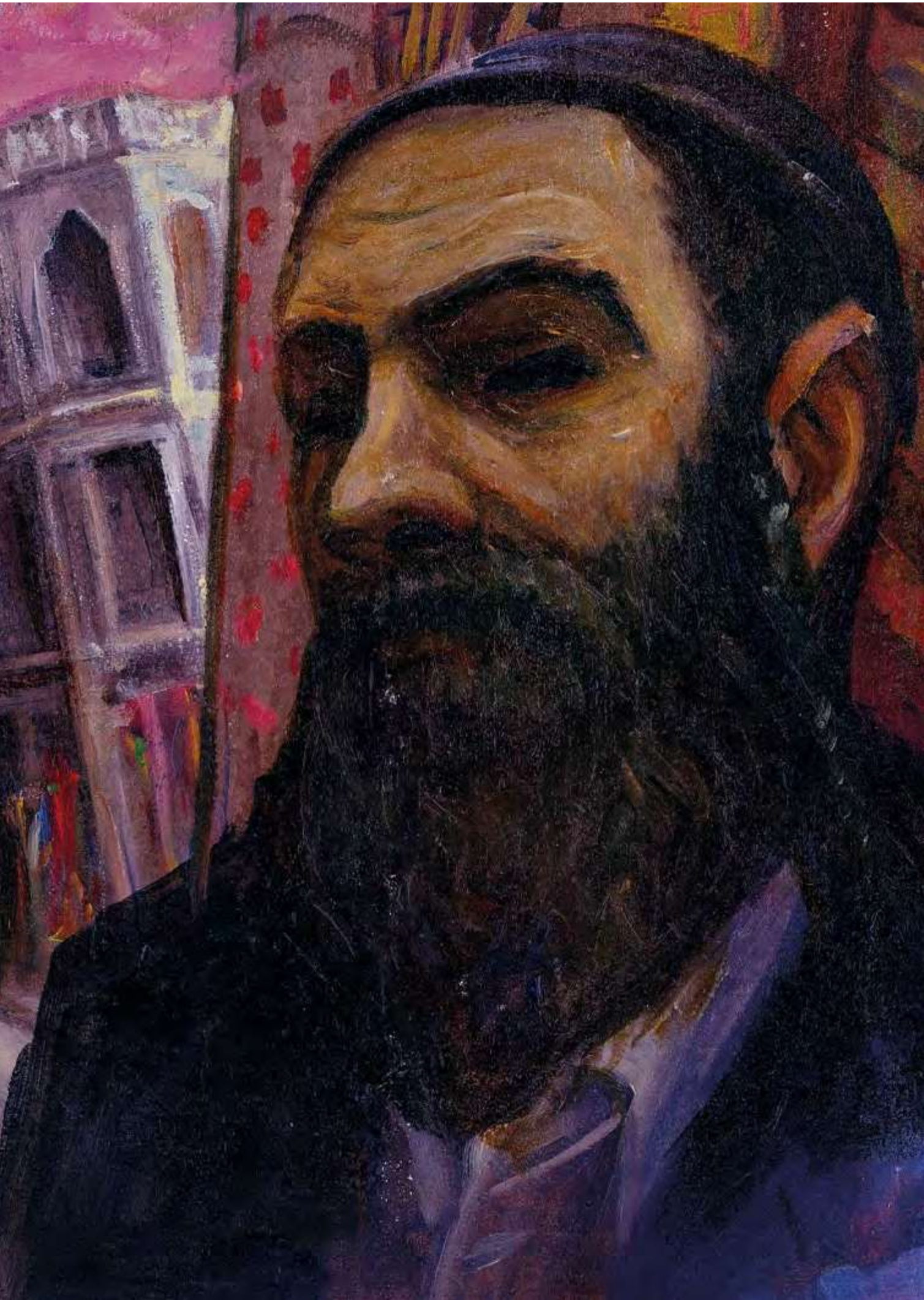
Las periodistas somos escritoras que vamos a buscar las respuestas afuera de nosotras mismas.

No sé si somos escritoras vagas o escritoras sabias, o las dos cosas: en nuestra vagancia radica nuestra sabiduría. Es una buena idea empezar desde afuera cuando estás perdida, y yo estaba perdida. Había decidido escribir sobre el Once para este número que, me habían explicado, se iba a tratar sobre la religiosidad popular. El Once es mi barrio y su religión, el judaísmo en una de sus variantes más ortodoxas (aunque tampoco la más), es la religión en la que yo crecí. Pero justamente: todo lo que yo sabía sobre el judaísmo, todo lo que todavía sé sobre él, conspiraba teóricamente contra la posibilidad de escribir esta nota. Tres problemas, especialmente.

El judaísmo, primera cuestión, es una religión sin imágenes. Está prohibida la santería: no se puede venerar a Abraham, a Isaac, a Jacob o a Moisés, ni prenderles velas ni pedirles nada. Tampoco se puede venerar a los rabinos vivos o muertos; cualquiera de estas conductas constituiría un pecado de idolatría, de politeísmo y de traición al único Dios. Por lo que yo entiendo, la religiosidad popular está muy atada a ese tipo de prácticas: Gilda, las virgencitas de cada cosa, el Gauchito Gil, fetichismos diversos.

Lo segundo es que el judaísmo tiene una relación extraña con las particularidades locales. El pueblo judío está acostumbrado a la diáspora desde hace siglos, tanto que ya incluso tenemos algunas reglas instituidas que nos diferencian de aquellos que viven en Israel; nuestras festividades, por ejemplo, suelen durar un día más en la diáspora. A la vez, los sabios solían decir que una costumbre del pueblo judío es tan valiosa como un precepto: entonces, por ejemplo, si los





judíos sefaradíes (los que vienen de España, Líbano y otros países árabes) acostumbran no comer arroz durante la pascua judía, esa costumbre se convierte en obligatoria para ellos, pero los ashkenazíes (los que venimos de Europa del Este) podemos seguir comiendo arroz sin problemas.

Así y todo, los judíos compartimos un texto sagrado y una serie de textos asociados que asisten a su interpretación correcta que, desde la perspectiva ortodoxa, deben ser respetados a rajatabla, ni cambiados ni reinterpretados a la luz de los “nuevos tiempos”. Entonces pienso que hay una cierta tensión, un conflicto: por un lado, las costumbres locales de cada país o región fueron históricamente incorporadas al día a día del judaísmo (creo que esto también es un aspecto central de la religiosidad popular: el modo en que un pueblo se apropia de una religión de una forma única y característica). Por otro, la manera en que esa incorporación se da está bastante reglada; la aspiración identitaria del judaísmo de unificar a todos los judíos, de que todos nos sintamos como parte del mismo pueblo (los católicos no tienen eso) hace que esas particularidades locales sean aceptadas pero solo luego de mucho tiempo, de forma explícita y para nada espontánea.

El judaísmo, primera cuestión, es una religión sin imágenes. Está prohibida la santería: no se puede venerar a Abraham, a Isaac, a Jacob o a Moisés, ni prenderles velas ni pedirles nada. Tampoco se puede venerar a los rabinos vivos o muertos; cualquiera de estas conductas constituiría un pecado de idolatría, de politeísmo y de traición al único Dios.

Y finalmente, un tercer aspecto que se relaciona mucho con este segundo aspecto anterior: los judíos

están llamados (los ortodoxos, siempre hablo de ellos) a no mezclarse con los pueblos de los lugares que habitan. Las reglas del kashrut (las cosas que no pueden comer y las que sí) tienen como objetivo principal hacer imposible que un judío comparta una mesa con un no judío.

La asimilación es un pecado grave que, se dice, Dios ha castigado históricamente con guerras, diluvios y holocaustos. De modo que el sincretismo, ese otro componente clave de la religiosidad popular, vendría a estar casi explícitamente prohibido. Esto se hace muy evidente cuando un ortodoxo se va a vivir a otro país (México, Estados Unidos, Uruguay, lugares con comunidades ortodoxas relativamente grandes) y te habla de su nueva vida: es exactamente igual a la que tenía antes. Encuentra el barrio judío de su ciudad, localiza los comercios que necesita, elige un templo al que pertenecer que tenga tradiciones bien parecidas a su familia, que rece los sábados con las mismas melodías. A las tres semanas ya se siente en su casa, porque está en su casa: porque todas nuestras casas son iguales.

Dije en el primer párrafo, entonces, que mi primer instinto fue buscar “afuera”: buscar testimonios. Charlé con gente: con mi mamá, con mi abuela, con las pacientes ortodoxas del consultorio pediátrico de mi mamá, con los vecinos de la casa de ella en Tucumán y Paso. No les pregunté, por supuesto, si sentían que algo de vivir en la Argentina o en el Once los había determinado en su judaísmo: sé que me dirían que no, por todo esto que acabo de explicar. Intenté preguntarles qué era lo que más les gustaba de vivir en el Once, o cuáles eran sus mejores recuerdos del barrio. La mayoría me dijo que preferiría vivir en Israel o en Belgrano, el barrio de los judíos ricos, pero que el Once les quedaba más cómodo. Definitivamente no iba a encontrar nada en este “afuera”.

Lo que tenía que hacer —lo que hice— era aprovechar mi lugar híbrido, mi posibilidad de mirar ese mundo un poco desde afuera y con el conocimiento del adentro, para encontrarle las grietas a esta prohibición, a esta obsesión con la pureza. Los lugares en los que los miembros del pueblo judío no pueden evitar poner algo de sus espacios, de sus vidas, de sus cuerpos, de sus casas y de sus tierras en esa religión milenaria que recibieron, se supone, en un lugar tan distinto y en un tiempo distante. Elegí dos, y voy a contar cómo se viven en mi barrio.

La mikve

Una parte relativamente poco conocida del rito del pueblo judío son las leyes de la nidá: las reglas que rigen el manejo de la menstruación en las mujeres. Para el judaísmo, como para muchas otras religiones, las mujeres están impuras durante los días de su periodo menstrual.

Mientras dure la menstruación todo contacto entre marido y mujer está prohibido, no solo el coito: las parejas más estrictas evitan hasta mirarse a los ojos. Desde el momento en que empieza el sangrado la mujer debe contar siete días; si la menstruación se ha terminado, pasados esos siete días debe ir al baño ritual, la mikve, y sumergirse entera para recuperar su pureza antes de volver a tener relaciones con su marido. Cualquier formación natural de agua (un lago, un arroyo) puede funcionar como mikve, pero por supuesto una mujer ortodoxa no puede desvestirse en el río, y además la mayoría de las ortodoxas en zonas urbanas no tienen acceso a ese tipo de espacios una vez por mes: de modo que hoy las mikves son como pequeñas piletitas privadas, a las que las mujeres entran de a una. Se saca turno como si una se fuera a hacer las uñas o a cortarse el pelo.

Todo esto que acabo de describir suena como un trámite molesto e incómodo, pero ahí, creo, es donde interviene la apropiación popular, en este caso, la apropiación femenina: la mayoría de las mujeres que conozco en el Once aman ir a la mikve y no dejarían de ir por nada del mundo. Primero, porque allí, mientras esperan que les toque pasar, se encuentran con sus amigas. Charlan, se ponen al día, intercambian consejos, recetas, quejas y chismes. Segundo, porque, como sabe todo el mundo, las mujeres ortodoxas tienen muchos hijos. Ese momento mensual en la mikve puede ser el único rato de silencio y soledad con el que cuentan.

El Rebe de Lubavitch

Escribí más arriba que no les está permitido a los judíos venerar a rabinos como si fueran santos. Por eso todo lo que rodea al Rebe de Lubavitch, rabino fallecido en 1994, siempre me pareció bastante extraño y dudosamente “legal”, pero para esta nota me viene perfecto. Menahem Mendel Schneerson nació en 1902 en lo que hoy es Ucrania, pero se hizo célebre en Brooklyn como líder de Jabad Lubavitch, una de las comunidades ortodoxas más masivas e influyentes de la actualidad. Al Rebe se le atribuye el éxito de Jabad y algunas innovaciones como la inclusión de las mujeres en la enseñanza avanzada de la torá (aunque sobre las políticas de la comunidad que ha dejado hay mucho para decir). Sin embargo, para los habitantes de mi barrio es mucho más que un personaje ilustre. En cada casa de un miembro de Jabad hay una foto del Rebe. Cuando yo era chica, si alguien viajaba a Estados Unidos era común que se le encomendaran cartas con pedidos (como las que ponen en el Muro de los Lamentos personas de todos los credos, o las que se le dejan a San Cayetano) para dejarlas en la tumba del rebe; los más ¿devotos? directamente mandaban cartas a la filial de Jabad norteamericana para que las dejaran allí¹.

No conocí a ninguno de los fanáticos más intensos, los que creen que el Rebe era el Mesías (en cada generación, se dice, hay un hombre lo suficientemente justo como para ser el Mesías), pero también los hay; Jabad desalienta esa creencia de forma oficial, pero tampoco la califica de “idolatría” como conceptualmente, todo indica, deberían. Si se piensa en sentido estricto, esta veta mesiánica vendría a ser una especie de secta solapada dentro del judaísmo.

Una parte relativamente poco conocida del rito del pueblo judío son las leyes de la nidá: las reglas que rigen el manejo de la menstruación en las mujeres. Para el judaísmo, como para muchas otras religiones, las mujeres están impuras durante los días de su período menstrual.

Lo popular como resto

Es pequeñísimo lo que he logrado conseguir de religiosidad popular en el judaísmo, lo sé; pero creo que en términos filosóficos puede resultar muy rico para pensar esa intersección, la de la religión y el pueblo, la religión y el barrio.

En el judaísmo aparece muy clara una forma de entender lo popular que me gustaría calificar como derrideana: Jacques Derrida, pensador judío de nacimiento y creo que más allá, solía hablar de esta noción del resto, de aquello que no puede ser atrapado por los conceptos o el pensamiento ordinario. Pienso, mientras cierro este texto, que en el judaísmo lo popular es el resto que se cuele en las hendiduras de lo prohibido, en las grietas del universal: lo popular es literalmente lo innombrable, lo impensable. Pensarlo es saberse pecador, saberse afuera.

Apropiarse de lo sagrado no es propio de un judío. Me quedo con esa contradicción: en nuestra relación exiliada tal vez nada nos sea más propio que esa apropiación imposible. ■

1- Hoy se puede hacer por internet, aca: http://www.chabad.org/tools/ohel_cdo/aid/36248/jewish/Send-a-Letter.htm